

Prot. CG 134/2025
A TODA LA FAMILIA AGUSTINO RECOLETA

Que el Dios de la esperanza colme nuestros corazones de alegría y paz.

1. La santidad y la misión: dos nombres de un mismo amor

Queridos hermanos y hermanas de la Familia Agustino-Recoleta:

Celebraremos en los próximos días la solemnidad de Todos los Santos, y también la fiesta de todos los santos de la Orden, fiestas luminosas en las que la Iglesia nos recuerda que la santidad no es privilegio de unos pocos, sino vocación universal, llamada de Dios a todos los que llevamos en el corazón su imagen. Es el día de la multitud incontable, anónima y cercana, que ha hecho de su vida una ofrenda de amor.

En este marco de santidad cotidiana y concreta, quiero dirigirme a toda la Familia Agustino-Recoleta para anunciar con alegría el **inicio del Año Misionero 2026**, bajo el lema que nos regala nuestro Padre san Agustín: **“Anunciad a Cristo donde podáis.”**

Este año no es simplemente un tiempo temático, sino una **llamada a la conversión misionera**, a encender de nuevo el fuego del amor que impulsa a salir, a ir más allá de nuestras fronteras geográficas, culturales y espirituales. La santidad y la misión no son caminos paralelos, sino una misma senda que conduce al corazón de Dios. La santidad sin misión corre el riesgo de volverse intimista; la misión sin santidad es un cuerpo sin alma. El santo es el misionero que ama hasta el extremo, y el misionero es el santo que no puede callar el amor que le habita.

Como nos recordaba el Papa León XIV en su homilía del Jubileo del Mundo Misionero, la Iglesia entera es misionera, y estamos llamados a “salir a anunciar el Evangelio a todos, sin demoras, sin asco y sin miedo.”¹ La santidad no es una huida del mundo, sino la forma más alta de presencia: el alma en misión es la Iglesia en salida.

2. “Anunciad a Cristo donde podáis”: un fuego que no puede callarse

San Agustín, maestro del corazón, comprendió que el amor no puede estar ocioso. Quien ama, anuncia, quien ha sido tocado por Cristo, no puede encerrarse en sí mismo. “Anunciad a Cristo donde podáis”, decía el Obispo de Hipona, no como consigna estratégica, sino como desbordamiento de amor.

Este año misionero quiere ser una invitación a redescubrir la pasión evangelizadora que forma parte de nuestra identidad. Nuestra historia está tejida de rostros misioneros: los que partieron a tierras lejanas y los que permanecieron evangelizando desde la vida sencilla. De Palawan a Marajó, de Chota a Sierra Leona, de Lábrea a Cuba, de Bocas del Toro a Casanare, cada misión de la Recolectión ha sido un altar donde se ha ofrecido la vida por amor al Evangelio.

En las palabras del Papa León resuena un llamado urgente: *“La cuestión no es partir, sino permanecer para anunciar a Cristo a través de la acogida, la compasión y la*

¹ Papa Francisco, Evangelii Gaudium, 23.

solidaridad.” Ese “permanecer” es el verbo de la santidad: permanecer en Cristo, permanecer en el amor, permanecer junto al hermano que sufre.

El misionero agustino-recoleta es, ante todo, un enamorado. Lleva en el corazón la inquietud de quien ha sido alcanzado por el Amor y desea “arrastrar a todos al amor de Dios”. Nuestra misión no nace del deber, sino del desbordamiento: de haber sido tocados por un amor que no se guarda.

3. La misión nos santifica

Las misiones han sido y siguen siendo la flor más preciosa de nuestra Orden, el lugar donde la caridad se hace concreta y la obediencia se vuelve camino. En ellas se han forjado santos y mártires, testigos del amor que no se rinden.

Aquí están San Ezequiel Moreno, Santa Magdalena de Nagasaki, los beatos mártires del Japón, Hermana Cleusa; Ignacio Martínez, Gazpio...y tantos otros nombres que no figuran en los altares, pero sí en el Libro de la Vida. En sus rostros brilla la santidad misionera que no busca aplausos ni reconocimientos, sino la fidelidad cotidiana, silenciosa y fecunda.

La santidad, como la misión, no consiste en hacer grandes cosas, sino en amar mucho. El santo no huye del mundo: lo abraza con compasión. Y el misionero no se busca a sí mismo: se ofrece. Allí donde el amor se hace servicio, donde el Evangelio se encarna en los gestos pequeños, Dios se hace visible y el Reino avanza.

En este sentido, el Año Misionero 2026 quiere ser un tiempo de gracia para renovar nuestra llamada a la santidad apostólica. No se trata solo de partir hacia nuevos territorios, sino de dejar que el Espíritu nos saque de nuestras zonas de confort, de nuestras seguridades y rutinas, para hacernos disponibles, humildes, fecundos.

La santidad no es evasión, sino envío. Y el envío no se sostiene sin raíces de santidad. Quien vive de verdad en Cristo, lleva dentro el impulso de su mismo amor misionero.

4. La misión como respuesta al dolor del mundo

El Papa León, en su homilía jubilar, nos recordaba los rostros concretos del dolor: los migrantes, los desplazados, los que atraviesan mares buscando vida, los que sufren la injusticia o la indiferencia. En ellos, decía el Papa, resuena el grito del profeta Habacuc: “¿Hasta cuándo, Señor?”.

Ese clamor humano es también un envío divino. La misión nace del dolor del mundo y de la compasión de Dios. Ser misioneros hoy es permanecer junto a las periferias, no solo geográficas, sino existenciales: allí donde el hombre pierde el sentido, donde la fe se apaga, donde la esperanza parece imposible.

La *Evangelii gaudium* nos recuerda que es preferible una Iglesia “accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por encerrarse en sí misma”. También nosotros, como Familia Agustino-Recoleta, queremos vivir este Año Misionero con esa audacia del Espíritu que no teme equivocarse si lo hace por amor.

Salir, acoger, consolar, acompañar: esas son las cuatro actitudes misioneras que este tiempo quiere reavivar en todos nosotros. Y todo eso solo es posible si antes dejamos que Dios renueve en nosotros el fuego de su amor. Porque **no hay misión sin conversión, ni anuncio sin oración, ni envío sin comunión.**

5. Apertura del Año Misionero 2026

Con gozo anuncio que la apertura oficial del Año Misionero de la Orden de Agustinos Recoletos tendrá lugar el próximo 7 de diciembre de 2025, en Santo Domingo, lugar histórico porque vio canonizar al primer santo agustino-recoleta, San Ezequiel Moreno, y donde sigue latiendo con fuerza su espíritu evangelizador.

Invito a todas las comunidades, parroquias, colegios, movimientos y fraternidades seglares a marcar el inicio de este año con una celebración especial, adaptada a cada realidad, pero unida en un mismo espíritu: hacer visible la alegría de ser enviados.

6. Testigos del Amor

Este Año Misionero no nos pide añadir más actividades, sino reavivar el fuego del primer amor. Nos invita a mirar con nuevos ojos la misión que ya vivimos, a dejar que el Espíritu Santo nos saque de la tibieza, de la rutina, de la mundanidad espiritual, y nos devuelva la alegría del Evangelio.

Anunciar a Cristo es anunciar el Amor. Y el amor, cuando es verdadero, se expande, se comunica, se contagia. Esa es nuestra tarea y nuestra alegría: ser testigos del amor de Dios en el corazón del mundo.

Pido a todos que este año esté marcado por la oración misionera, por la fraternidad entre comunidades, por gestos concretos de servicio a los más pobres, por iniciativas de evangelización que broten de la creatividad del Espíritu.

Que María, primera misionera de su Hijo, nos enseñe a salir con prisa hacia las montañas de la vida, llevando a Cristo en el corazón y en las manos. Que San Agustín nos conceda su pasión por la verdad y su ardor por la Iglesia. Y que nuestros santos y mártires recoletos intercedan por nosotros para que vivamos este Año Misionero con audacia, alegría y santidad.

Con afecto y esperanza.

Madrid, 30 de octubre de 2025.


Fr. Miguel Ángel Hernández Domínguez
Prior general

Fr. Luciano M. Audisio
Secretario general

